

SAN RAMON **en** **1897**

CIO
972.865
B837s

por Roberto Brenes Mesén



Introducción y edición del texto:
Faustino Chamorro González



Mutual Alajuela
AGENCIA SAN RAMON

SAN RAMON
en
1897

C10
972.865
B837s

Introducción

BIBLIOTECA OCCIDENTE - UCR

En el quincuagésimo aniversario
de la partida de Roberto Brenes Mesén,
1947-1997



0134921

0134921

25 OCT 2005

Hace ya varios meses, con motivo del V Congreso de Literatura Centroamericana, celebrado en San José de Costa Rica entre el 19 y 21 de febrero del corriente, se dio la circunstancia de encontrarnos dos individuos, recíprocamente desconocidos, aunque motivados por un interés común sobre la permanencia de ciertos aspectos en los escritos de Roberto Brenes Mesén. En efecto: Rafael Catalá, Director del Instituto Ometeca (New Jersey, EE. UU.) fue la única persona que expuso sobre Brenes Mesén; y por mi parte fue la única conferencia a la que acudí interesado. Después de su exposición, conversamos largamente; y de ahí, el encuentro.

2
Días más tarde, el Dr. Catalá me pidió colaborar en una mesa redonda con los miembros de su naciente Fundación Ometeca en San Ramón de Alajuela (Costa Rica). Yo podía — me dijo— referirme libremente a cualquiera de las múltiples aspectos de la obra de don Roberto. Como intervención circunstancial elegí para eje de mi charla algo de lo mucho que en ese

momento tenía entre manos y que resultaría, sin duda alguna, de interés para los ramonenses. ¿Qué mejor —pensé— que dar a conocer a Brenes Mesén como cronista “chileno” de aquella villa de San Ramón de 1897?

Así, a ruego encarecido por parte de los ramonenses que siguieron mi charla, nació la idea de publicar este adelanto de mi trabajo. Digo adelanto, porque este escrito brenesmesénico, aún está inédito dentro de la Parte III del pimer tomo que sobre la edición crítica de los escritos de Brenes Mesén tengo ordenado y a punto de entregar a la Editorial de la Universidad Nacional. En el referido tomo, en el capítulo que determiné llamar *Crónicas y cartas* se halla, con el nº. 73 y con el título que el mismo don Roberto puso a su crónica: “San Ramón”.

Había yo localizado este escrito-crónica, bajo el rubro general de “Cartas especiales para *La Prensa Libre*”, publicado en dicho diario por entregas sucesivas en varios números del citado periódico del mes de noviembre de 1897 (en el 2559 del día 7, domingo; en el 2560 del día 9, los lunes no se editaba el periódico; en el 2561 del día 10, miércoles, y en el 2562 del día 11 jueves). Un estudio analítico del escrito, me llevó a numerar sus párrafos y a ponerle los siguientes subtítulos: Carta prólogo, En el camino hasta San Ramón, En el Tremedal desde Vista de Mar y el regreso vespertino, Un domingo o día festivo, y Las casas de la villa. Así sale ahora, editado bajo el patrocinio de la Mutual de Alajuela en San Ramón.

Esta crónica que Roberto envía desde el lejano Santiago de Chile suscrita con fecha del 5 de octubre de 1897, recoge las vivencias de un momento muy importante en la vida del joven autor. Ese momento transcurre durante los días de la última semana de enero y primeros de febrero del mismo año. Poco más de un mes antes de su partida para Chile, el joven maestro e intelectual josefino a sus 22 años de edad vacacionó en San Ramón al lado de su novia. Así se desprende del siguiente documento publicado por *La Prensa Libre* el sábado 6 de febre-

ro en la sección de Comunicados con el título “Despedida”, y que el corresponsal ramonense lo fecha el jueves 4 del mismo mes:

San Ramón, 4 de febrero de 1897.

El estimable amigo Roberto Brenes Mesén, después de permanecer algunos días por acá, al lado de la virtuosa Ana María, se despidió para volver a su residencia a ocuparse en sus cotidianos quehaceres.

Roberto, por su carácter simpático y recomendaciones personales, tuvo eco en la pequeña sociedad ramonense, la cual lo aprecia como merece.

Ocasionó su viaje a ésta la apreciable familia Carrillo, que actualmente se encuentra de paseo en esta localidad. Ojalá que la ausencia no le sea muy penosa al amigo Brenes y que pronto le llegue el ángel de sus ensueños.

M. G.

4 Si se tiene en cuenta —según se acaba de leer— que Roberto permaneció “algunos días” en San Ramón, y ya el corresponsal puede expresar el día cuatro que el joven forastero “se despidió para volver a su residencia”, es de suponer que su estancia completó, cuando más, una semana. Y si, por otra parte —como se puede leer en la crónica “chilena” de la presente publicación— la excursión al Tremedal fue “un miércoles por la tarde” (cfr. §13) y el costumbrismo festivo que describe lo presencia un domingo (cfr. §21), el miércoles referido fue el día 27 de enero de 1897; y el domingo, el 31 del mismo mes. Luego su estancia de “algunos días” transcurre, muy probablemente desde la madrugada (cfr. §9) del martes 26, hasta el primer lunes o, a lo más el primer martes 2 de febrero. Porque es difícil suponer que trepara al Tremedal con su novia el miércoles día 3, para despedirse y hacer tan incómodo viaje de regreso al día siguiente.

Pero días antes de su estancia y andaduras por tierras ramonenses al lado de su amor, el joven poeta escribe entre el 9 y 17 de enero varios poemas bajo el título *En la ausencia*, con una muy expresa dedicatoria: A Ana María. Estas publicaciones sirvieron, sin lugar a duda, a modo de presentación y previo anuncio de la llegada de Roberto a la tierra que no tardaría en ser motejada, gracias a Lisímaco Chavarría, como “la de los poetas”. Lisímaco andaba a la sazón por los 19 años de edad.

De los poemas referidos cuyos títulos son “De lejos”, “En la soledad”, “Anoche”, “La inmensidad” y “El anillo”, los tres primeros salen publicados el domingo 17 de enero; los dos últimos, el domingo 24 del mismo mes. En agradecimiento a la “Ciudad de lo poetas” y también como saludo al destacado catedrático universitario y amigo mío Oscar Montanaro Meza, adelanto “El anillo” (nº. 55 en mi citado trabajo Parte II) y lo transcribo con los versos numerados:

¡Juntos los dos!

El surtidor erguía
una palmera de agua que al abrirse
en abanico y descender en llanto
herida por los rayos moribundos 5
de un sol de sangre, a mí me parecía
una lluvia de lágrimas de arcoiris,
que resonando en el pilón, bañaba
en húmedo murmullo mi silencio.

¡Consiento; —dijo—, y las dos alas rubias 10
del pudor se posaron en su frente,
su voz, su voz de lánguida armonía
fue cayendo hasta el fondo de mi alma
con la dulzura con que baja el sueño
a las hojas de abierta sensitiva. 15

Ese momento de ventura, en polvo
convertido, mi afecto lo conserva

San Ramón

Carta prólogo

Señor Director de La prensa Libre:

1. Voy a escribirle una serie de cartas, amigo mío, con el fin de describirle y darle a conocer aquellos lugares de que conservo más vivas impresiones. Mal dije, pienso describírselos no como son, sino como a mí me lo parecieron; es usted tan dado a censurar el fondo que me habría salido al encuentro con la teoría de Berkeley sobre el conocimiento o con la filosofía de lo condicional de Hamilton, quien, dicho sea de paso, deja entrar por la puerta falsa de la creencia lo que no pasó por la verdadera de la razón.

2. ¿Conocerá usted por mis solas relaciones los sitios de que le hablaré? Lo dudo; aún no conozco la Italia después de haber leído el libro de Castelar, los de Taine, las preciosas descripciones de Sir Humphry Davy, las Cartas del Viaje de Goethe, las impresiones de Beyle, y algunas otras esparcidas, ya en novelas, ya en historias, ya en comedias o dramas. Conocer países extraños es dejar algo de nosotros a lo largo de los caminos, en los paisajes, con las personas con quienes trabajamos amistad, esa amistad en tránsito, expansiva, cariñosa, de la cual, luego, solo conservamos una idea más o menos nítida y en muchas ocasiones no más que una tarjeta. ¡Una idea! Porque en cambio de lo que nosotros abandonamos, solo una idea se viene con nosotros. De los lugares

res queridos, de las personas adoradas, de las más felices horas de la juventud, de las noches de amor, de los grandes espectáculos de la naturaleza, de las obras de arte, ¿qué nos queda? No más que la idea.

3. ¡Escepticismo doloroso; pero cierto! No preste usted plena fe a mis relatos, yo no me di el trabajo de corregir y verificar mis primeras impresiones y por eso las verá usted escritas todas ellas a la llana. No quiero decir con eso que me haya dejado seducir de todo en todo, sino que no pude dedicar una larga y forzada reflexión a cuanto se puso delante de mis ojos; que si no, yo hubiera dicho de Panamá preciosidades y así me habría ganado la voluntad de quienes sintiéndose ofendidos ahora, me juraron indefectible venganza.

4. Extrañará usted que dé principio por la villa de San Ramón; sin embargo, a más de las razones con que su amistad me disculpará, yo tengo otras...

Pero no, mejor es empezar.

En el camino hasta San Ramón

8 5. Grueso y lleno de carnes era el mozo; su hablar reposado me inspiraba una confianza decidida; por otra parte, un empleado de postas me traía el concepto de un hombre honrado; no tuve, pues, inconveniente alguno en emprender el viaje con él. Eran las siete de la noche cuando salimos de Alajuela. Una vez pasado el cementerio, el camino era un ancho río de polvo, sobre el cual trotaban las mulas, sin encontrar sino muy rara vez las piedras del fondo donde sonaban las herraduras de las bestias, de las cuales, la primera que llevaba los bultos de la correspondencia, iba midiendo los compases del trote con una esquila sonora, cuyos acentos, a lo largo de los Llanos del Carmen se oían vibrantes y como en-

tretenidos en molestar a los ecos.

6. ¿Sabe usted de qué conversábamos? Preguntábele si se hallaba contento con su suerte, si deseaba vivir de nuevo los años transcurridos, si había sido feliz durante unos seis meses enteros. ¿Qué me respondió? Lo que todo el mundo. Mucho había tenido siempre que trabajar y sufrir porque era pobre además su familia. ¡Y me acordaba de Leopardi! ¡Maldita enfermedad de la vida!

7. El mozo se llamaba Parra; ganaba un sueldo ruin por viajar con las estrellas hacia el Oeste, por esos dilatados caminos de donde el viento con aspas invisibles levanta brumas espesas de polvo, en las cuales van los caminantes como supongo viajaban los dioses del Olimpo, envueltos en sus mantos de nubes. A largos intervalos brotaba de una cuadrada ventanilla una pirámide horizontal de luz, y cuando la mula delantera pasaba por en frente, me sugería la idea de un eclipse al revés, saliendo de la sombra a la luz y de esta a la sombra. En verano esos viajes son llevaderos; pero cuando las lluvias se desatan, en esas noches oscuras con los caminos enlodados, eso es indecible. Y al mozo no le dan una capa, sino un mal paraguas, el cual cierra, para asegurar las valijas cuando comienzan a querer descansar del trote violento de la mula que suena.

8. En Atenas, el conductor, con otros camaradas va a casa de las traídas y llevadas del pueblo; allí pasa tres horas largas y a las dos de la mañana desanda la jornada; a las cinco está en Alajuela.

9. Cuando salí de Atenas, como una gran ceja blanca invertida, un casco de luna se levantaba por encima de las sombras oscuras de las colinas; los cuerpos tomaban forma, una forma sin relieves, más bien que objetos eran símbolos de objetos. Un viento sin fuerzas arrastraba entre las hojas una bandada de susurros. A la cima, cumbre la más elevada entre Atenas y San Ramón, llegué a las doce; por el cementerio de esta villa pasaba a las dos de la madrugada. Las sombras sin perfiles de un

pueblo de cruces vivían esa vida lenta de las sombras, que resucitan a deshora, largas, inacabables; que se contraen como sanguijuelas, se meten en las raíces y salen por el lado opuesto, creciendo y alongándose hasta morir de consunción.

10. Cinco o seis túmulos con camisas blancas se asomaban por encima del muro, detrás del cual estaban encerradas. ¿Por qué estarían mudos? Las ráfagas heladas, con el ala recogida, cabeceaban en los árboles; ¡tal vez miraban, como yo, aquel dedo índice, que en forma de campanario, señalaba con silenciosa ironía esa capa profunda de los cielos, donde no hay nada, nada más que las estrellas!

11. Los campos confusos se dilataban; se replegaban en collados; y una quietud pacífica y soñolienta gateaba por los tejados desiguales. El sereno de la noche había puesto grillos al polvo, que no se levantaba; y así maniatado y tendido ahogaba más fácilmente los pasos de mi mula pensativa. Entré en la villa, llegué a la puerta de aquella casa... ¡ay! ¡allí se me esperaba!

12. ¿Recuerda usted, amigo mío, que un pintor de la Grecia antigua representó a Agamenón cubierto el rostro con un velo porque presenciaba el sacrificio de su hija? ¿No es verdad que fue una admirable y deliciosa reticencia? Permítame descubrir al rey de los argivas para velar con aquel paño el cariñoso semblante del afecto correspondido.

En el Tremedal, desde Vista de Mar y el regreso vespertino

10 13. Era un miércoles por la tarde. Varias personas estábamos sentadas al pie del naranjo casi sin hojas, que vigilaba desde lo alto de una colina las cañadas estrechas, los bosquecillos de cañas, las hondonadas, las lo-

mas, el camino amarillento, la lejana ermita blanquizca que parecía una jirafa inmóvil mirando la caída de la tarde. Lagos de sangre surcados por grises monstruos informes, aparecían más allá de las rubias cabelleras de las montañas; y hacia el sudoeste, la estrecha franja del golfo de Nicoya con tres o cuatro puntos negros, Chira, Caballos y Negritos, seducía nuestros ojos. Ese sitio se llama Vista de Mar. Domina espléndidos horizontes: desde allí se ven desarrolladas vastas praderías, sembrados, arboledas, maizales secos con las cabezas estranguladas, montes verdes y montañas azules.

14. Las manos del viento pulsaban las arpas de la sombra avecindada; era preciso regresar. Nuestros sombreros atraídos por los sonos del viento, saltaban mareados, dando vueltas y había que correr tras ellos y atarlos a la cabeza, como se ataba aquel marinero para no caer rendido en los brazos de las sirenas. El cabello de una joven, que lo llevaba suelto, batía sobre las espaldas como sedosa ala de cuervo que echa a volar; con los abrazos del fugitivo invisible los trajes de las dos señoritas se empeñaban en agarrarse estrechamente a las formas como si tuviesen miedo de ser arrebatados; pero aquellas, con manos diligentes, como si quisieran decirles: "no tengáis miedo, no os llevará, estáis seguros", los apartaban naturalmente.

15. La yerba, alta y seca, había puesto nuestras suelas brillantes y resbaladizas como espejos encerados; la verdad es que allí, en aquella pendiente, no llevábamos nuestros cuerpos, sino que se llevaban solos. La villa aparecía en toda extensión; calculé entonces para la parte completamente edificada unas treinta y seis manzanas. Bajaba la colina, se desenvolvía un potrero reducido, en cuya linde un vallado de jazmines olorosos despedía sus aromas para atraernos de las narices hacia él. Tomé unos y los di a mi compañera, la cual en cambio, me obsequió con una flor de manzana rosa, que, según oí en esa ocasión, significa "preferencia".

16. Al lado del camino polvoroso, un largo lomo cubierto de reseco césped hacía de acera; a la izquierda, un tanto separados, dos trapiches apretaban los dientes y los hacían rechinar con incansable esfuerzo, como dos canes celosos antes de acariciarse las orejas. Gárrulas y amarillas aldeas de cañas echaban a flotar sus cintas, detrás de cercas de piñuelas que con sus anchas y agudas sierras, amenazan a los transeúntes.

17. Entramos en la villa y desembocamos a la plaza por la esquina noroeste; nos detuvimos allí unos momentos; a la derecha, una casa de dos pisos miraba por encima del hombro a sus vecinas, sin poseer toda la elegancia de la esquinera en el otro extremo de la cuadra. A la izquierda, una serie de ventanas, sin expresión, como ojos de estatua, dejaban ver los muros del interior, hechos de cal y ripio; no había techo, era la escuela en construcción. No conozco todos los edificios de la República destinados a escuelas primarias; creo no obstante, que después del Metálico de San José, no hay más de dos iguales. ¡Verdad es también que ha costado mucho, tal vez más de lo que vale!

18. Atravesamos la plaza, alrededor de la cual hay una acera amplia a medio concluir; y cuando estuvimos cerca de la Iglesia, ya las golondrinas se refugiaban en los mechinales de las murallas; el Angelus había sonado y el cura, sentado en un antiguo canapé, después de elevar al cielo sus oraciones, miraba el jardín situado a la derecha de la entrada y pensaba... no lo sé de seguro... probablemente en una partida de tablero o ajedrez con el médico del circuito.

Un domingo o día festivo

12 19. Todo está en silencio. Parece que en los rincones de las tres naves de la Iglesia, estuviesen los ecos con las manos puestas en la boca una tras otra a manera de trompeta, esperando una tos, un estornudo, una oración que remedar. Cristo va a descender al pan y al vino; una

campanilla argentina, como timbre, tintinea para anunciarlo; un murmullo de ropas engomadas que se estrujan se levantan de la nave central, y un bosque de hombres a la derecha se hinca de rodillas con las cabezas inclinadas hacia el suelo y las diestras amenazando el pecho. ¡Aún se arrodilla el hombre, amigo mío! ¡Aún transmitirá a tres generaciones más ese instinto hereditario de caer de hinojos ante los mudos altares que elevaron los buenos creyentes de la antigüedad!

20. Los semblantes de los honrados campesinos parecen alegres; van con las alforjas al brazo hacia la plaza en donde a las nueve y diez de la mañana se ven blanquear una oleada de camisas abombadas a las espaldas, y azulear una confusión de piernas de mezclilla; pañolones y rebozos de colores chillantes hacen un largo viacrucis a la redonda de la plaza, en cuyo centro se hallan dispersas unas pocas mesas sobre las cuales sendos barriles de chinchibí constituyen los núcleos de grupos que beben el inocente licor, que no se hallará tan bueno en parte alguna de nuestro país.

21. Olvidaba decirle que esas escenas solo se suceden los domingos y los días festivos, celebrados por la iglesia. Es entonces cuando se activan los negocios de todo género; ante los tinterillos, ante el cura y ante los comerciantes.

22. A las once no se ve una carreta; caballos enalbardados y con zalea esperan pacientemente a las puertas de los establecimientos de comercio, en donde sus jinetes hacen las últimas compras y toman las primeras copas. No obstante no haría justicia a ese honrado pueblo si callara que es el que menos impuestos paga sobre las bebidas alcohólicas: en la plática de los domingos, después de recitar los nombres de quienes desean contraer matrimonio, el señor cura reprende públicamente a los viciosos y guárdense de ponerse a sus ojos los rezagados bebedores, porque entonces les hará sentir el rigor de su palabra. Por mi parte aplaudo semejante uso de autori-

dad sacerdotal, sin meterme a averiguar si es hasta allí su alcance.

Las casas de la Villa

23. El polvo es un caprichoso espíritu del mal; todo lo tienta; por los huecos de las llaves, por las rendijas, por los techos, por donde quiera pasa y huye, es un Orestes perseguido por las Furias, que no respeta ni los mismos templos. Por las tardes, cuando el sol lo dora, parece una impalpable lluvia de polen que fecunda la tierra; los árboles de los caminos están amarillentos; sin compasión los azota el polvo, y ellos, sin queja alguna, se dejan azotar. Son unos desgraciados los árboles; condenados, como nosotros, al tormento de existir, carecen del instinto de defenderse y vender cara la vida. ¡Cuán hermoso sería ver marchar una legión de árboles contra otra de hombres; todo un bosque trotando a lo largo de los caminos en secución de un pueblo espantado! Felizmente para los hombres los árboles se dejan hacer cuanto les venga.

24. Las casas en San Ramón, son en su mayor parte de madera, tablas imbricadas horizontalmente que no dejan penetrar el polvo, el viento, el frío. Los edificios construidos en el centro de la población en poco difieren de los de los de la capital; hay sobre todo una semejanza que corresponde al general mal gusto que pervierte la apreciación de los arquitectos; no hay una ventana perfecta; los marcos ofrecen siempre alguna irregularidad, reglas torcidas, rendijas desiguales pocas veces cierran bien. ¿Por qué? Mal gusto, es lo primero; lo segundo, es nuestra natural apatía que nos obliga a soportar lo malo, a trueque de no trabajar un poco más.

25. Una que otra ocasión entré en aquellas casas apartadas de la plaza, donde viven las gentes más pobres de la villa, a lo que yo aconsejaría no pretendiera aún dejar de serlo. Esas casas son por lo general de dos habitaciones, la primera sirve de vestíbulo, antesala, sala y

dormitorio; la otra es la repostería, el comedor y la cocina, en uno de cuyos ángulos está el fogón de adobes, sobre el cual tres o cuatro tinamastes ahumados y cenicientos soportan la olla o el caldero. La mujer, que hincha los carrillos y entrecierra los ojos para soplar y levantar llama, si no es del todo feliz, al menos no presenta un semblante afligido, si chisporrotean algunas astillas en el fuego.

26. El cielo, de cañas, está negro y reluciente, y el viento cuando penetra, que es las más de las veces, columpia los péndulos y las estalactitas de hollín que penden del techo. Cuando las puertas están cerradas, un cielo muy azul o un harapo de nube flotante, se ven al través de los agujeros que en los días de sol y en las noches de luna proyectan sobre las paredes amarillentas y tostadas, óvalos de luz dorada o blanca; en los días de lluvia tales ojos se llaman goteras.

27. Un día para visitar a una pobre familia de quien había recibido muestras de simpatía, subí tres gradas altas y entré en una sala, cuyo piso era un mapa de relieve del país de Suiza; un banco rudo y cojo, dos encorvadas butacas de cuero, una máquina de coser "New Home" y un amplio lecho de matrimonio con cuatro parales que sustentaban una desnuda armazón en forma de arco, sin más que una estera sobre tablas, componían el ajuar de aquella pobre sala.

28. Un niño rubio, de ojos castaños, descalzo, bien lavado, hizo, junto con su madre, los honores de la casa. Tenía una memoria prodigiosa, una pronunciación clara y una voz suave; recitó algunas fábulas de Samaniego y varias oraciones; las respuestas que daba no parecían corresponder a su corta edad. ¡Cuántos niños, como ese, inteligentes, arrastrarán el infortunio de su existencia en medio de la miseria, vistiendo andrajos que en vez de cubrir, azotan las carnes! ¡Y este es el mejor mundo posible!

29. La joven trigueña de largos cabellos color castaño, que da vueltas a aquel manubrio en el interior de esa ca-

San Ramón

sa de más allá, saca el agua de un pozo. ¿Y lo creará usted, amigo mío? He pensado al mirarla en los amores de la Samaritana cariñosa, de esa mujer que en presencia del hermoso forastero de Nazareth, siente henchírsele el corazón de amor y caer en el fondo de su alma la vacilante y desfalleciente imagen de un ideal lejano que jamás hubiera creído encontrar. Experimento vivo deseo de pedirle un poco de agua; habría querido ver trocarse los amarillos naranjeros del patio en los friolentos olivos, los poéticos arbolillos de la bellísima Judea, para que el paisaje de la realidad se conformase con el mío. Cuando vuelva a visitar ese jirón de tierra encantador, ya habrá cañería, los manubrios no existirán. ¡Tal vez yo sienta la nostalgia de pasados incultos!

30. Renuncio, mi buen amigo, a describirle cuantas cosas me faltan; en sus próximas vacaciones visite esos lugares, (¿le acompañaré yo?) y verá si fui sincero. Del palacio nada he dicho; la verdad es que sólo hay medio edificio; cuando se termine será elegante, lo sospecho por lo que de él conozco. Trasladado en idea al cerro del Tremedal, veo un cementerio, la vida, los caminos, los bosques, ¡ah! miro tanto, tanto....

Santiago de Chile
5 de octubre de 1897

Al Príncipe de Asturias,

Impreso por el Programa de Publicaciones e
Impresiones de la Universidad Nacional,
en el mes de noviembre de 1997, bajo la Dirección
de Maximiliano García Villalobos.

Autorizado por la Oficina de Transferencia Tecnológica
y de Prestación de Servicios de la Universidad Nacional.

La edición consta de 500 ejemplares en papel bond
y cartulina barnizable.

970122—P.UNA



Noviembre de 1997.

**Colaboró
en la diagramación
y diseño de este opúsculo**

DESIGNER
ARTE Y PUBLICIDAD S.A.



Teléfono: 285-0905

Fax: 285-4703



Mutual Alajuela
AGENCIA SAN RAMON